

I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 1985.

El comercio sexual en Chile: nuevas dimensiones de la crisis y descomposición social.

J. Carlos Skewes.

Cita:

J. Carlos Skewes (1985). *El comercio sexual en Chile: nuevas dimensiones de la crisis y descomposición social. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/6>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ektb/hfM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL COMERCIO SEXUAL EN CHILE: NUEVAS DIMENSIONES DE LA CRISIS Y DESCOMPOSICION SOCIAL

Juan Carlos Skewes

1. PRECISIONES CONCEPTUALES

Podemos entender la prostitución como aquella actividad orientada a la supervivencia y reproducción de quienes la ejercen a través de la oferta de servicios sexuales en el contexto de relaciones mercantiles. Semejante definición no hace sino situarnos en el contexto de una sociedad capitalista en la cual una de las formas de acceso sexual se legitima a través de mediatizaciones comerciales.

El término prostitución, sin embargo, es equívoco y engañoso en virtud de las connotaciones morales, éticas y sociales que a él se asocian. A la par, se transforma en un estigma, bajo cuya designación caen aquellos que ejercen la actividad. El juego semántico enfrascado en la terminología puede llevar a tratar el problema a partir de sus consecuencias y no de sus causas y así transformar a la "prostituta" en "el problema". Es por esto que hemos decidido sustituir el concepto por el de comercio sexual, el que denota en términos mucho más específicos los límites de la investigación.

Estamos, en consecuencia, frente a una forma específica de comercio, en la que las transacciones se realizan en la esfera de los servicios sexuales. Dejamos de lado, pues, los atributos que suelen asignarse a quienes forman parte de esta actividad: no estamos en presencia de inmORALES, corruptos o "gente de vida fácil", sino frente a personas que participan de una actividad que es coherente con un sistema global y cuyas connotaciones emanan de la moral de ese sistema, situación harto paradójica, como veremos más adelante.

2. DIMENSIONES DEL COMERCIO SEXUAL EN CHILE

Demás está decir que en nuestro país no disponemos de estadísticas en relación al comercio sexual y que el incremento de la actividad sólo puede evaluarse en términos de la frecuencia con que la percibimos y por la heterogeneidad que asume en el momento histórico actual. Es este último punto de vista el que nos permite constatar la magnitud y complejidad que tiene el comercio sexual hoy en día.

Debemos precisar que nuestro análisis se ubica en un sector de la sociedad chilena, motivo por el cual no encaramos las dimensiones que adquiere en los otros sectores sociales. El sector al que nos referimos es el de los proletarios empobrecidos y pauperizados que engrosan la cifra dramática de alrededor de tres millones de marginales en Chile. Son, pues, hombres y mujeres nacidos y criados en poblaciones y campamentos quienes nos preocupan.

La matriz del comercio sexual en Chile está dada por la prostitución tradicional presente a lo largo del siglo y en ella quedan definidos los tres vértices de nuestra tipología: la asilada, el patín (o callejera) y la copetinera. El proceso vivido estos años va desdoblado las categorías, entrecruzándolas y generando nuevas. Sin embargo, el comercio sigue practicándose en la calle, en recintos cerrados y en centros de diversión y esparcimiento. Quizás nuevas prácticas han surgido como estrategias de sobrevivencia intrapoblacional, las cuales describiremos más adelante.

Hasta ahora no hemos establecido distinciones entre la prostitución adulta y la infantil y tampoco lo hemos hecho entre la prostitución hetero y homosexual. A nivel del comercio sexual, las reglas que establecen los tipos de interacción entre vendedor y cliente son las mismas; asimismo, el tipo de orgánica social es común en un caso y en otro. Ello, sin embargo, no obsta el hecho de existir características intrínsecas en cada nivel.

En el caso de la prostitución infantil, vamos a encontrar siempre la ocupación marginal del mercado sexual, lo que fija términos de intercambio absolutamente desfavorables para el oferente. La "Veintepesos" es un buen ejemplo de ello: se trata de una menor que ejerce su oficio en la Rotonda Grecia del sector oriente de Santiago y cuyas transacciones no sobrepasan la cantidad de cincuenta pesos (veinticinco centavos de dólar). La contingencia en el caso de los menores callejeros exige trabajar no sólo por dinero sino también por otro tipo de retribuciones (almuerzo, por ejemplo). Esto, mirado desde el punto de vista puramente mercantil. Si situamos el problema en otros niveles es indudable que el costo personal de la actividad es lapidario; el comerciar con el yo supone un deterioro irreversible del desarrollo personal.

La prostitución homosexual, practicada principalmente entre varones, también es preciso dividirla entre adulta e infantil, siendo éstos nuevamente quienes pagan el costo económico y psicológico más alto. Ocurre, además, una especialización en términos del rol sexual que asume el oferente: activo o pasivo, lo que supone consecuencias en términos de estigmatización de quien lo ejerce (tal vez por la estructura machista de la sociedad global y por la subsecuente anómala valoración del sexo en su dimensión masculina, el actor pasivo del trato homosexual ocupa las posiciones inferiores y de menor prestigio). Es preciso notar que en el comercio sexual practicado entre varones, en la perspectiva del oferente, no se da necesariamente una situación de homosexualidad. Nuevamente nos encontramos con que las demandas y el lucro pasan a ser las motivaciones reales más significativas en la actividad.

a. Comercio sexual callejero

Tal vez uno de los incrementos más notables en la actividad se ha verificado en la calle. Las esquinas tradicionales del comercio sexual se han ido multiplicando y fácilmente se puede constatar hoy la presencia de oferta sexual en los diversos sectores comerciales de la ciudad durante el día y la ocupación de un número creciente de avenidas y rotondas para el mismo fin durante la noche.

Es, justamente, en la calle donde se ha generado una de las facetas más dramáticas del comercio sexual: la prostitución infantil. Esta está directamente ligada al comercio callejero y no tarda la menor o el menor que practica la actividad en tomar conciencia que, dentro de las ofertas posibles, la sexual aparece como rentable: están las necesidades del mercado y las necesidades del oferente, una operación rápida puede garantizar un almuerzo, un helado o algo de dinero para la casa, gratificaciones inmediatas que urgen en un mundo pauperizado. Es por ello que la actividad aparece aquí encubierta bajo otras formas de comercio callejero, a saber, la venta de flores, de dulces o la simple mendicidad.

La especialización de menores en el comercio sexual lleva, finalmente, a ejercer la actividad directamente en vías públicas de alto flujo vehicular. Las rotondas y las avenidas principales son funcionales a esta finalidad, asimismo lo son aquellos lugares que sirven de reunión a los trabajadores del transporte.

La actividad sexual callejera en rotondas y avenidas se practica habitualmente en vehículos pero, eventualmente, puede también practicarse al aire libre. En ambos casos se buscan lugares aislados, oscuros y previamente definidos por los propios oferentes.

Este tipo de comercio refleja la vida de la calle y, en este sentido, suelen producirse asociaciones importantes tanto a nivel de trato mercantil como a nivel de vínculos de amistad entre los oferentes y los trabajadores del transporte (taxistas, microbuseros, taxibuseros). En este nivel encontramos a jóvenes que ofrecen sus servicios en forma casi exclusiva a este sector.

También se genera, sobre todo en el área céntrica de la ciudad, una hibridación entre la actividad callejera y la de asilo. Aquí es imprescindible el lugar físico para concretar el trato y de ello participan hoteles parejeros y algunos particulares que lucran de sus departamentos. El tipo de interacción exige, en este nivel, de una mayor organicidad del comercio sexual, con una consecuente estratificación más compleja, caso que veremos más adelante.

Otra área de especialización que estaba en los marcos tradicionales y que hoy también se ha incrementado es la llamada prostitución rutera. En ella la mujer se instala en la carretera, a la salida de la ciudad, a la espera de comerciar principalmente con camioneros. La actividad en este caso adquiere ribetes bastante particulares por cuanto hay una necesaria adaptación al movimiento permanente que exige lazos con restaurantes y hospedajes rutereros.

b. El comercio sexual de asilo

El prostíbulo, como institución en la sociedad chilena, mantiene hasta hoy su vigencia. Resulta interesante destacar como esta persistencia se da también en el plano urbano y buena parte de los prostíbulos actuales se mantienen en aquellas ubicaciones que les fueron tradicionales (Maipú, San Camilo, Vivaceta, San Martín).

El esquema prostibulario supone una organización interna en términos de la diversificación de las funciones de quienes trabajan en él. En el esquema actual, el prostíbulo ve engrosadas las filas de mujeres que a él se allegan y, asimismo, extiende sus horarios a lo largo de todo el día. Ello permite absorber a un número creciente de personas pero se traduce también en una merma de los ingresos, producto de los bajos precios derivados del exceso de oferta.

Existe, en este contexto, una prostitución casi senescente. Mujeres maduras y otras que se inician en la vejez se mantienen en algunos prostibulos, ocupando las posiciones más bajas dentro del esquema. Es menester mencionar algunos prostibulos de la calle Eyzaguirre (comuna de Santiago) donde la edad predominante supera los cincuenta años. Aquí se satisface la demanda de un sector obrero del rubro automotriz (garages, venta de partes y piezas, vulcanizaciones y otros).

Los prostibulos ven nacer en este período una fuerte competencia en instituciones que hasta la fecha era desconocidas. Surgen las casas de masaje, saunas y los hoteles parejeros con servicios de azafatas. Estas nuevas dimensiones del comercio sexual se asocian también a un estilo que deriva de la implantación de un sistema capitalista a nivel de la sociedad global. Se trata de inversiones que demandan un capital y en las que la actividad se organiza en referencia a la identificación de los servicios ofrecidos con un tarifado pre-establecido y en el que el trabajador asume una relación más bien funcionaria con el comercio sexual.

Los hoteles parejeros ofrecen, además, servicios adicionales que se relacionan tanto con la infraestructura (comodidades, servicios telefónicos, películas pornográficas, intimidad y privacidad, servicios higiénicos, alimentación) como con las personas (posibilidad de escoger, servicios de más de una persona, comercio sexual para grupos).

En los recintos cerrados, el comercio sexual es ejercido por adultos aunque también se ofrecen, pero con mucho recato, los servicios sexuales de menores de edad. La situación de éstos aquí es más ventajosa que en la calle, ya que las tarifas establecidas son superiores.

También existen prostíbulos de homosexuales que, en general, aparentemente, se rigen por las mismas normas que los otros prostíbulos.

El prostíbulo, para quienes trabajan en él, ofrece ciertas ventajas en relación al trabajo callejero, a saber: mayor protección respecto de los riesgos de la profesión (fuerzas represivas, clientes difíciles, violaciones), comodidades materiales para el quehacer cotidiano, mayores posibilidades de establecer vínculos solidarios, mayor estabilidad. Los ingresos, sin embargo, se ven mermados por los aportes que el trabajador debe hacer al inversionista, y, además, por las menores posibilidades que se tiene de establecer contratos en virtud de la concentración de la oferta.

Existe, por otra parte, una estratificación de prostíbulos, hoteles parejeros y casas de masaje, que abarca a buena parte de la estructura social chilena. Desconocemos la situación que se produce hacia la cúspide pero existen evidencias acerca del grado de sofisticación con que operan estos sistemas a ese nivel. Hacia la base, en cambio, aparece cada vez con mayor fuerza el deterioro físico de las personas, los ambientes ruinosos y sórdidos, y la transacción en términos absolutamente desventajosos para quienes comercian allí.

c. El comercio sexual en centros de diversión

Tradicionalmente en Chile, la boîte ofrecía, junto al espectáculo, los servicios de las llamadas copetineras, cuya misión era la de inducir al cliente a comprar en gran cantidad alcohol, ganando por ello una comisión. El servicio ofrecido era baile y la posibilidad de establecer contactos sexuales pre-genitales. Podía eventualmente acordarse una relación sexual, la que se llevaba a cabo en algún hotel parejero vecino. Este modelo, de la misma manera que el prostíbulo, se ve violentamente alterado por la aparición de otra institución nueva en la sociedad chilena: el café top-less. A partir de 1978, aproximadamente, comienzan a desarrollarse los primeros intentos por ofrecer un espectáculo de bajo costo en locales pequeños. El espectáculo consiste en el baile de una mujer que finaliza

haciendo un desnudo. Por lo general, seis o siete bailarinas se alternan durante el día y hasta tarde en la noche. El ambiente de estos café es de alta provocación y estimulación sexual, llegándose a la provocación sexual directa de parte de la bailarina a los clientes e incorporándose parejas que sobre el pequeño escenario evocan el acto sexual.

Las condiciones para diversificar los servicios ofrecidos estaban dadas y pronto aparecieron en estos locales las azafatas, los reservados y los privados. El cliente, que cancela una entrada con derecho a un trago, es estimulado para desplazarse hacia un reservado, donde tiene la posibilidad de establecer contactos sexuales pre-genitales con la azafata, ello en la perspectiva de negociar allí una relación sexual que se concreta en el privado, por lo general una suerte de trastienda que no dispone más que de un sillón o cama vieja.

Existen, en el café topless, diferencias marcadas entre las posiciones de las bailarinas y de las azafatas, pudiendo las primeras establecer los mismos contratos a un precio mucho más alto. La azafata, si sus atributos se lo permiten, puede bailar y ejercer las dos actividades. La escasez de bailarinas hace que muchas veces cualquiera pueda bailar, incluso menores que vagan en torno a estos centros: cuando las circunstancias lo requieren, son llamadas a bailar.

A nivel del topless, las azafatas y las bailarinas buscan clientes para ofrecer sus servicios fuera del horario de trabajo, ello en la perspectiva de obtener mayores ingresos, sin tener que tributar al dueño del café.

d. Flujos migratorios asociados al comercio sexual en centros de diversión

Hacia los sectores rurales se ha producido una migración de mujeres urbanas que van a comerciar sexualmente a las quintas de recreo. Esta situación amenaza también con transformar las estructuras sociales locales en lo que se refiere a diversiones y a ocupación del tiempo libre. En los

lugares en que esto ha ocurrido, la quinta de recreo deja de ser un centro legítimo de esparcimiento social ya que la mujer campesina se ve privada de diversión (en tanto el centro tradicional de reunión social es estigmatizado en virtud de la moral campesina). También hay en la población joven femenina de estas localidades una actitud de reticencia frente a estas extranjeras que son percibidas como competencia desleal en las instituciones de cortejo. Hemos observado además que algunas jóvenes nacidas en sectores poblacionales de Santiago han establecido pareja, abandonando la actividad del comercio sexual.

Otro flujo migratorio, estacional esta vez, se produce en relación a los balnearios. Durante el verano buena parte de la población dedicada al comercio sexual busca oportunidades de trabajo en quintas de recreo, boites y otros centros de diversión, en los sectores costeros, donde se revitaliza temporalmente la actividad.

e. Otras formas de comercio sexual

A nivel de estrategias de supervivencia en los sectores más deprimidos de la sociedad chilena han aparecido formas intrapoblacionales de comercio sexual. Se da aquí la concomitancia de varios factores que desencadenan algunas prácticas. Entre éstos se cuentan: la fiesta comercial, los grupos delictuales, las viviendas de "mala reputación" y, por supuesto, las necesidades insatisfechas de la población. Las prácticas sexuales, en este caso, no se dan con el marcado ribete capitalista con que aparecen en las otras instancias. Se trata más bien de un intercambio de bienes y servicios en el que el acceso sexual a la mujer se legitima por la retribución en servicios (protección, por ejemplo) o bienes (por el almuerzo o la comida). Por lo general, la mujer que se entrega a estas prácticas ("la particular") goza de un muy bajo prestigio en su mundo poblacional ("se regala sola") y difícilmente puede llegar a establecer una convivencia duradera.

Una relación distinta que se da en el mundo poblacional y que está prácticamente fuera de los límites del comercio sexual en sentido estricto, es la que se establece con "el caballero". Se trata de una relación que incluye el trato sexual que ocasionalmente una mujer establece dentro de

la población con un hombre de mejores ingresos que le retribuye principalmente en especies. Se trata, por lo general, de relaciones más o menos estables que bien pueden confundirse con situaciones de infidelidad conyugal y con la posición que es asignada a la amante.

3. CARACTERÍSTICAS DE LA ORGANIZACIÓN DEL COMERCIO SEXUAL

a. Reclutamiento

La iniciación en el comercio sexual opera por varias vías, a saber:

i) Relaciones informales. Principalmente a través de conocidos una persona puede llegar a la actividad. Las condiciones previas son fundamentales para hacer operativa la inserción. Juegan un papel importante, en este sentido, algunos conocidos que tienen el manejo de la información y los contactos para entrar en la actividad. Actúan en el medio poblacional como verdaderos reclutadores, lo cual les rinde dividendos en términos de comisiones. Las mismas mujeres u hombres que practican el comercio sexual son buenos inductores de sus amistades y conocidos en el mundo poblacional, quienes se transfieren así a la actividad del comercio sexual.

ii) Socialización en la calle. La población infantil que se dedica al comercio sexual lo hace en gran medida en virtud de la experiencia callejera. A la calle se llega, por lo general, a mendigar ("machetear") o a comerciar, ambas actividades -como lo hemos visto- sientan las bases para que, dada la posibilidad, se reoriente la conducta hacia el comercio sexual.

iii) Factores situacionales. Estos operan, principalmente, como desencadenantes y se asocian a los anteriores. En general están representados, por una parte, por la urgencia económica impostergable y, por la otra, por la presencia de un inductor. Podríamos pensar que los mismos clientes se transforman en inductores situacionales cuando apremian a un menor para satisfacer sus necesidades sexuales. Entre las condiciones previas que favorecen la acción de los factores situacionales se cuenta la apariencia física de la persona y, a mayor correspondencia con los patrones estéticos prevalentes, mayores serán las presiones inductoras.

iv) Tradición poblacional y familiar. Muy relacionado este factor con el primero que hemos señalado antes, adquiere autonomía cuando estamos en presencia de sectores residenciales de alto deterioro físico, económico y social, que concentran a grupos delictuales y drogadictos en los que predominan familias desintegradas. Los nexos para la iniciación en el comercio sexual están dados por el mismo entorno de la vida cotidiana y, por lo tanto, la presión es mucho mayor que en el resto de las situaciones. Es importante destacar que lo mismo ocurre en el caso de los prostíbulos tradicionales, donde se advierte un gran esmero de parte de madres dedicadas al comercio sexual de marcar las fronteras entre sus esferas de interacción con las de sus hijos.

v) Otras formas de reclutamiento. La prensa a diario publica avisos ofreciendo grandes expectativas económicas a través del ejercicio de actividades que no resultan ser otra cosa que no sea la de la prostitución. Otro tanto ocurre con algunas radioemisoras. Operan también como inductores algunos patrones y empleadores inescrupulosos que abusan sexualmente de sus empleadas.

En general se puede afirmar que el reclutamiento para los fines del comercio sexual se ve favorecido por la existencia de una sociedad que basa el éxito en el lucro y la competencia individual, exacerbando valores asociados a los aspectos formales y externos de la vida humana, los que se presentan bajo la forma de objetos materiales. La publicidad legítima, a su vez, significados de alto contenido erótico, relacionándolos con las mercancías, que se transforman en los fines de la conducta humana. Con ello se materializa, de paso, el erotismo en su dimensión mercantil, lo que valida el uso del sexo para el éxito personal.

b. Contexto de actividad institucional

i) Rasgos diacríticos. El modelo tradicional de la mujer artificialmente vestida y maquillada para atraer clientes, deja de ser operativo en la situación actual chilena. En ello inciden dos factores: los cambios en los patrones estéticos derivados de la acción de los medios de comunicación y las necesidades de autoprotección. El modelo resultante es el de la "niña a la moda" y buena parte de la indumentaria está consti-

tuida por jeans, shorts, botas, chaquetas de mezclilla, pulseras, aros y collares artesanales, faldas de cuero cortas, etc. El maquillaje y el teñido del pelo siguen empleándose pero, esta vez, en la línea impuesta por la moda. El modelo anacrónico persiste en los sectores tradicionales de prostitución. Ambos se corresponden con una población que ha definido en forma más categórica su adscripción al comercio sexual, situación que no siempre ocurre. En la práctica del comercio sexual encontramos tanto a menores como a adultos que no se revelan a partir de su indumentaria: llevan atuendos pobres indiscriminados. Aquí operan otros elementos diacríticos: localización de la persona, gestos, palabras y, en el caso de los menores, la actividad comercial misma, que el cliente discrimina como una señal (la vendedora de flores o la mendiga, a quienes se sustituye la propuesta original por una proposición sexual). En los casos más extremos de indigencia, existe la oferta sexual asimilada a los patrones de la mendicidad (se ofrece, en este caso, de la misma manera como se pide ropa, dinero o ayuda).

La autoprotección opera, en este nivel, en sectores no tradicionales del ejercicio del comercio sexual callejero. La presentación personal en estos casos debe cumplir la doble función de ser visible para el cliente pero invisible para el resto de los transeúntes, situación que de hecho se logra y que hace difícil la observación para quienes no manejan los códigos de este sector social.

ii) Obligaciones sincréticas. Buena parte de las obligaciones se derivan de la estructura interna de la actividad, la que examinaremos en un punto siguiente. Existen, sin embargo, obligaciones que dicen relación con el adecuamiento funcional a la práctica comercial. Por una parte, resulta imprescindible la solidaridad frente a situaciones externas, ello obliga a alertar acerca de la presencia de la policía. Lo mismo ocurre en casos de detenciones en las que se requiere el apoyo mutuo.

En relación a los clientes, la competencia se produce antes de la interacción pero existe el principio, cada vez menos respetado, que durante la interacción no haya interferencia.

Se da, además, una territorialidad que es menester ganar y respetar. La obligación en este caso deviene del reconocimiento de esa territorialidad.

Todas estas obligaciones parecen tener en todos los casos un valor funcional más que estructural en virtud de la escasa organicidad del grupo.

c. Cohesión

La cohesión grupal es más bien débil y suele referírsela a situaciones externas percibidas como amenazantes para el grupo. Es el caso de la policía, por ejemplo. La cohesión, al igual que las obligaciones, parece ser más bien funcional a la situación que se vive, tanto en la calle como en los centros cerrados. Hacia el interior del grupo se crean lazos que mediatizan los conflictos. Aquí las alianzas y los liderazgos cobran plena vigencia para dirimir disputas derivadas tanto de la ocupación del territorio como de enfrentamientos asociados a problemas de pareja. En aquellos casos en los que no se llega a arreglo, la disputa se resuelve por medios violentos. Se sigue, en este sentido, el principio del mundo delictual según el cual el hacerse respetar funda las jerarquías intra-grupales.

La solidaridad, supeditada eso sí a una competencia exacerbada por la escasez, sienta las bases sobre las cuales se cohesionan el grupo, las cuales están relacionadas con el apoyo mutuo y el auxilio frente a situaciones de emergencia. En este sentido, cobra especial significado el apoyo que puedan prestarse en relación a los problemas propios de la supervivencia: salud, habitación, informaciones, interrupción de embarazos y otros.

d. Organización interna

El mundo tradicional del comercio sexual disponía de una clara organización interna en la que se distinguían funciones diferenciales y jerarquías específicas y bien reconocidas. Semejante organización suponía un

código ideológico con contenidos éticos más o menos precisos. En este mundo encuentran cabida personajes tradicionales como la puta, la cabrona, el maraco, el cafiche y otros que han sido descritos en la literatura costumbrista de este siglo. Estos personajes se organizaban en referencia a un escenario común: el prostíbulo o la boite. Estas eran controladas por verdaderas mafias y en ellas operaban sistemas contractuales y de control bastante específicos. En el mundo de la calle ocurrían procesos análogos en los que el territorio estaba distribuido y controlado por las patines y sus cafiches, quienes mantenían entre sí relaciones estables tanto afectivas como de apoyo mutuo. Los escenarios del comercio sexual reconocían ciertos territorios ecológicamente segregados.

La situación actual del país introduce cambios sustantivos que se asocian con la atomización progresiva de la sociedad a partir de la competencia descarnada frente a la carencia de los recursos mínimos para la subsistencia. En el plano del comercio sexual, la proliferación de quienes se incorporan a la actividad y las nuevas modalidades que se van introduciendo, se traducen en un deterioro progresivo de la organicidad de estos grupos.

En los diferentes niveles que hemos descrito surgen algunos esbozos de organización que se dan más o menos en los siguientes términos:

i) En la calle. La calle representa el nivel menos orgánico del comercio sexual. Las figuras que se asocian a quienes practican el oficio son los nuevos cafiches, por lo general delincuentes que operan en asociación con la o las mujeres que controlan, los delincuentes en general y las amistades de la calle. En el caso de los menores, los inductores -a veces los propios padres que implícitamente les envían a la actividad- y los grupos de adictos al neoprén y a las drogas de transforman también en aliados.

Dado que el ejercicio del comercio sexual callejero es esencialmente individual, resulta difícil aspirar a la organización del colectivo, más aún si aquellos que lo practican son competidores permanentes en la búsqueda de los mismos fines.

La asociación con delincuentes resulta ser altamente fructífera por cuanto se dispone de protección en un medio de alto riesgo. Asimismo, se verifican prácticas delictuales ejercidas en común. Así, por ejemplo, al llegar al lugar escogido, el cliente puede verse de pronto amenazado con cuchillo y; de esa manera, perder objetos personales, dinero, la radio del auto.

Existen, en el radio céntrico de la ciudad, algunos indicios de organizaciones más complejas que controlan el comercio sexual callejero. Aquí encontramos la articulación de oferentes, clientes y departamentos, hecha por personas que han desarrollado un control sobre la zona específica. En este contexto resulta altamente improbable la incorporación de nuevos oferentes en el perímetro controlado sin pasar por el filtro de estas personas u organizaciones. También existe la obligación de desarrollar la práctica sexual en los departamentos y piezas que para esos fines han sido destinados.

ii) En hoteles y casas de masaje. Aquí ya nos encontramos con organizaciones mucho más definidas, las que reflejan la intencionalidad de un inversionista. La organización, en este caso, se corresponde con la de una empresa capitalista y, por lo tanto, su eficiencia radica no sólo en el lucro que a través de ella se persigue sino, además, en la capacidad que tiene para inhibir la auto-organización del grupo explotado. El sistema se basa, en este caso, en la diversificación de las funciones, las cuales se asignan a través de roles, cuyo desempeño cabe a azafatas, camareras, recepcionistas. Puede señalarse, en este sentido, una profesionalización del comercio sexual. Ello llega a ser tan evidente que semejantes organizaciones contraían su personal a través de avisos en los diarios chilenos más importantes.

iii) En centros de esparcimiento. La situación aquí es análoga a la descrita en el punto anterior. También se trata de personas o grupos inversionistas que reclutan su personal a través del avisaje periodístico y que lo organizan en función de las diversas tareas requeridas. En ambos casos se neutraliza la capacidad organizativa del personal principalmente por el carácter competitivo que radica en la obtención del cliente.

Debemos notar que las empresas dedicadas a la explotación del comercio sexual disponen de todos los medios y carecen de limitaciones en términos promocionales, lo que les permite actuar bajo un marco de legalidad que las legitima en el orden social imperante. No debe extrañar, en consecuencia, que estas empresas dispóngan de avisaje periodístico y promociones callejeras y que, además, dispongan del servicio de tarjetas de crédito (empresas estas últimas, que facilitan el acceso a estos recintos, cambiando la clave e identificación del consumo en los cobros mensuales).

La tónica imperante, a nivel de la organización del comercio sexual, parece la misma que gobierna el resto de las actividades productivas, esto es, el aniquilamiento de las posibilidades de organización del grupo explotado, para ponerlo al servicio de los intereses empresariales. Ello se logra en virtud de un exceso de oferentes, lo que es sintomático de la crisis social del país. Este proceso desarticulador se hace más evidente hacia la interioridad del sistema orgánico; hacia el exterior (la calle), la explotación se verifica a través de las cada vez más indigentes condiciones de vida.

e. Orden externo

El mundo externo para quienes ejercen el comercio sexual está representado, principalmente, por los aparatos represivos (carabineros e investigaciones), los organismos de salud y los clientes. Forman parte de este entorno otros personajes del mundo callejero (ligados al comercio, el transporte y la delincuencia) y, cuando es pertinente, el medio poblacional o residencial de origen.

En relación a los organismos de salud, se da una predisposición favorable en términos de la seguridad que da al cliente la posesión del carnet sanitario. De aquí que, espontáneamente, buena parte de las mujeres que practican el comercio sexual recurran a los servicios médicos para fines de vacunación y prevención.

No ocurre lo mismo con los aparatos represivos. Frente a éstos hay una actitud de franco rechazo. En buena medida son sus adversarios e, incluso, sus explotadores. Habitualmente se acusa a funcionarios de Investigaciones de Chile de abusar sexual o económicamente de las mujeres dedicadas al comercio sexual. En ambos casos la extorsión se basa en amenazas de detención, las cuales, de concretarse, pueden privar a la mujer de su libertad durante cinco días, con el consiguiente daño económico. Los funcionarios exigen servicios sexuales o dinero a cambio de no practicar la detención.

Los clientes representan a un grupo altamente heterogéneo que responde en su conducta a motivaciones igualmente diversas. Aparentemente, el sector institucional de la sociedad aporta clientes que desarrollan actividades de alta tensión (funcionarios bancarios, militares, trabajadores del comercio y del transporte, etc.) o que se relacionan por vecindad o funcionalidad con el quehacer sexual mercantil (trabajadores automotrices, bencineros, recolectores de basura, etc.). También este sector aporta clientes con disfunciones sexuales que van desde la eyaculación precoz hasta la impotencia y de sexualidad mórbida (es común, por ejemplo, que un cliente se contente con tocar o ser tocado por su compañera sexual ocasional, o el cliente que sólo demanda ser masturbado).

En general se aprecian dos niveles de acción a nivel del cliente: por una parte, el que busca una satisfacción rápida a sus urgencias sexuales y, por la otra, aquellos que buscan realizar fantasías sexuales que en la vida ordinaria le resultan impracticables.

El sector informal de la sociedad aporta otra parte de la clientela tanto a las mujeres que ejercen la actividad en la calle como a aquéllas que lo hacen en recintos cerrados. Es habitual que tras un buen robo ("una buena movida"), se invite a un grupo a dilapidar lo obtenido en actividades recreativas que incluyen la práctica sexual pagada.

El mundo de los clientes también puede resultar amenazante para quienes ejercen el comercio sexual. En la calle, las violaciones son frecuentes y ocurren cuando la mujer al ofrecerse a un vehículo cerrado se encuentra frente a varios hombres que proceden por la fuerza. En el medio cerrado existe más protección y las conductas bizarras de los clientes tienen su precio y no todas las mujeres están dispuestas a satisfacerlas.

El dinero del cliente es el factor más importante en el mercado ("libres para elegir") y hay quienes sostienen que las mujeres que ejercen el comercio sexual son capaces de adivinar más o menos exactamente de lo que el cliente dispone ("las giritas le cachan al tiro el bolsillo"). Esto, en el caso de aquéllas que ya se han especializado en la actividad, les da una indudable maniobrabilidad frente al cliente, quien debe observar ciertas normas de respeto que tienen que ver con lo que la mujer esté dispuesta a entregarle. La transgresión de estas normas pone al cliente en una situación de alto riesgo. También ocurre que la mujer, al detectar una gruesa suma de dinero, acceda a muchas peticiones del cliente con el objeto de, finalmente, sustraer aquella cantidad.

Las transacciones que se producen responden al tipo de inserción de la oferente en el mercado, lo cual depende, en gran medida, de: las conexiones que tenga con el medio, sus atributos personales y sus habilidades seductoras. En este esquema los menores, los ancianos y aquellos que no se compadecen con los ideales estéticos de la sociedad ni con las pautas de seducción, tienden a ocupar las franjas marginales del mercado. La retribución que reciben por sus servicios es bajísima e incluso pueden ofrecerlos por el solo alimento. Las tarifas se incrementan en la misma medida en que se progresa en cada una de las dimensiones consideradas. En el caso de las copetineras, la situación es algo diferente pues sus ingresos dependen simultáneamente del porcentaje que perciben de los tragos que han hecho adquirir al cliente (cien pesos por trago pareciera ser una norma promedio) y de los que generan por vía del trato sexual mismo (entre quinientos y mil pesos, descontando las deducciones por el uso del local). Una buena noche de trabajo, en este caso, no alcanza a superar los dos mil pesos y en una mala noche no se dispone siquiera del dinero para el retorno en micro.

El nivel de ingresos permite esbozar la estratificación interna de quienes ejercen el comercio sexual y las posiciones más periféricas suelen ser ocupadas por aquellos que se especializan en servicios sexuales de connotaciones negativas para la población: en el caso del hombre, es aquel que se presta para el rol pasivo en la relación homosexual (el "hueco"); en el caso de la mujer, aquella que ofrece servicios buco-genitales a su cliente. Se reafirma, en este sentido, la visión de una sociedad altamente jerarquizada (con un predominio de las relaciones de opresión) con un contenido machista exacerbado que hace posible que las situaciones de máxima opresión se ejerzan sobre quienes se especializan en roles sexuales de máxima sumisión.

Los ingresos generados por la actividad se utilizan en la obtención de gratificaciones inmediatas (en el caso de los menores, helados, por ejemplo, y, entre los adultos, el uso de taxis), gastos personales (ropa y alimentación) y aportes a la familia (que son mayores en el caso de los niños pues los adultos tienden a independizarse de sus hogares, arrendando para ello piezas en sectores céntricos de alto deterioro).

En relación al medio poblacional en que viven muchas mujeres y hombres dedicados al comercio sexual, existe una actitud ambigua hacia ellos, en términos de encubrimiento y recelo. Sólo en casos de conflicto entre parientes o vecinos, salen a relucir los estigmas que se asocian a la práctica sexual remunerada (la "puta", la "maraca", el "maraco", la "hueca" o el "hueco", etc.).

En la relación de los hombres con sus clientes masculinos tiende a darse una mayor tonalidad afectiva de parte de éstos. Esto ocurre con especial frecuencia cuando se trata de menores, muchos de los cuales caen bajo la tutela de un homosexual, quien comienza a preocuparse por la satisfacción de las necesidades básicas y por la presentación personal del menor. Aparece aquí una suerte de paternidad extraordinariamente celosa hacia quien en un principio fue pareja ocasional.

Los hombres buscan a sus clientes masculinos en centros de esparcimiento público nocturno (principalmente en las barras de algunas discotecas de renombre), en paseos peatonales y, en un caso particular, en un conocido balneario chileno (Caleta de Horcón, V Región). En este último caso, he podido detectar como jóvenes de sectores muy marginales de Santiago han percibido ingresos de alrededor de cinco mil pesos por pasar una noche con un homosexual. Cobran especial importancia en este contexto las diferencias sociales entre demandantes y oferentes y la extrema vulnerabilidad de los primeros en relación a los segundos. Por lo general se trata de homosexuales de posiciones sociales altas o medias que buscan parejas sexuales activas entre jóvenes populares. Estos no son homosexuales y, dado el carácter oculto que semejante práctica tiene en la sociedad chilena, pueden llegar a chantajear permanentemente a sus clientes. De modo análogo, es frecuente el robo a estos homosexuales, quienes, por las mismas consideraciones anteriores, no se atreven a efectuar las denuncias pertinentes.

4. SOCIOGENESIS DEL COMERCIO SEXUAL

En varias ocasiones hemos aludido a las condiciones necesarias para la iniciación en el comercio sexual. Debería quedar claro que, en virtud de las dimensiones que ha adquirido el fenómeno en nuestro país, estamos en presencia de una de las situaciones más sintomáticas de la crisis estructural de la sociedad chilena.

Hasta ahora hemos tratado el tema en sus dimensiones comerciales, las que en esencia no difieren de los patrones impuestos en este ámbito por la sociedad global. Al encarar el problema del comercio sexual, estamos enfrentados a aquel vértice de la sociedad que expresa en forma dramática la instauración de un capitalismo deshumanizante: la transacción comercial del yo, esto es, la oferta del espíritu y de la carne humanos en un mercado.

Es indudable que el motor principal en la iniciación en el comercio sexual está constituido por la miseria que lleva a los sectores más deprimidos de la sociedad a transar, para fines de sobrevivencia, sus valores más preciados: el de la femineidad y el de la masculinidad. Se trata de transar con el valor último del ser humano en el mundo proletario y este valor se corresponde con la imagen del hombre sufrido y de la mujer sacrificada.

Ribetes aún más dramáticos se alcanzan en referencia a los menores, quienes comienzan a construir su identidad en base al uso comercial de sus cuerpos, de sus palabras, de sus gestos; identidad que sólo se hace operativa en términos del éxito comercial en el mercado.

Es preciso recordar que la miseria opera como causal a través de las condiciones que impone a quienes la padecen y el análisis que sigue se refiere justamente a estas condiciones. Debemos recordar también que la identificación de las mismas no puede llevarnos a considerarlas como causas últimas sino más bien como factores desencadenantes que responden a la crisis estructural del país.

Los factores desencadenantes que analizaremos se refieren, por una parte, al deterioro familiar y, por la otra, a la presencia de un medio facilitador. Ambos factores inmersos en el contexto de una sociedad que postula el lucro como el fin último del quehacer humano y que legitima la mercantilización del sexo a través de sus aparatos ideológicos.

La cesantía aparece como causa primera del deterioro familiar. Los jóvenes que ejercen el comercio sexual provienen en buen número de familias que se han visto desintegradas por una prolongada exposición a la cesantía. Esta exposición se traduce en insatisfacción de las necesidades vitales, deterioro de la imagen de los progenitores, incremento de los conflictos intrafamiliares, instauración del fracaso como norma de vida y en búsqueda de alternativas para la sustitución del ingreso perdido. Todo ello mediatizado por un empobrecimiento progresivo de la familia, cuyo desarrollo resultará facilitador para la iniciación en el comercio sexual.

Una caracterización sucinta del medio familiar alterado por la cesantía nos lleva a considerar, entre otras, las siguientes situaciones que llevan a la iniciación en el comercio sexual.

i) Alteraciones de la progeneratura. Esta puede estar dada por la ausencia de uno o ambos padres, el alcoholismo de uno o ambos y otras alteraciones psicosociales que les afectan. La recurrencia de estas variables favorece el empobrecimiento de las imágenes adultas, situación que afecta especialmente a la imagen paterna (de donde se deriva una deficiente integración de lo masculino en las nuevas generaciones).

ii) Socialización alterada. Concurren aquí factores que se relacionan con la crianza ejercida por terceros (abuelos, tíos, vecinos), los malos tratos recibidos durante la infancia, la inconsistencia de las normativas familiares (hostilidad y permisividad, por ejemplo), ausencia o ineficacia en el control de la conducta, violaciones sufridas (y cometidas por padres o padrastros, hermanos u otros) abandonos de hogar, detenciones e internaciones. Estos factores sientan las bases para la construcción de conductas esencialmente adaptativas, las cuales resultan imprescindibles para el adecuamiento personal a una actividad como la del comercio sexual.

iii) Problemas de inserción social. Estos se relacionan, por una parte, con los problemas de conducta en el colegio, el retraso escolar y la deserción escolar y, por la otra, con las asociaciones ilícitas de los progenitores, hermanos o parientes y con la iniciación precoz en el comercio callejero. En el caso de las mujeres, operan a este nivel los grupos de adolescentes en centros de diversión pública. La concomitancia de factores problemáticos en la inserción social favorece la deslegitimación de las instituciones sociales y de la autoridad que ellas involucran y el desarrollo de actividades orientadas a la gratificación inmediata.

iv) Crisis de identidad. La última de las situaciones consideradas en relación a la vida familiar se relaciona con la difícil tarea de la estructuración del yo en quien crece en un medio donde la privación es la norma y en el que se desconoce todo reconocimiento a la individualidad y todo estímulo relacionado con los logros personales. Ello impone al niño y al adolescente la búsqueda de un reconocimiento social a través de agentes externos de la familia, los que muchas veces se corresponden con grupos predelictuales del sector de residencia.

La interacción de los factores señalados crea las condiciones necesarias para la aparición de diversas conductas de desajuste social, entre las que se cuenta, naturalmente, la práctica comercial del sexo.

El medio facilitador para la génesis de aquellas conductas está representado por la sociedad en general, la comunidad y, en particular, la calle y los centros de esparcimiento público. A la configuración de un medio facilitador concurren diversas variables, las que se entrecruzan para, finalmente, posibilitar el ejercicio del comercio sexual. Entre estas variables es conveniente mencionar las siguientes:

i) La existencia de una demanda, la que es resultante de la deficiente organización de la vida cotidiana en nuestra sociedad. La demanda expresa el deseo no consumado, exacerbado por los estímulos y frustrado por la imposibilidad de concretarlo.

ii) El deterioro progresivo de los valores éticos y morales que, por una parte, permiten concebir para cada hombre un precio y, por la otra, relajan el autocontrol en relación a prácticas prohibidas y sancionadas en el ámbito ordinario de vida.

iii) La presencia de intereses creados que estimulan el comercio sexual en la búsqueda del lucro económico de terceros, intereses que no encuentran limitaciones en la supraestructura jurídica del sistema capitalista impuesto a la sociedad chilena.

iv) La estimulación permanente de la demanda a través de los medios de comunicación que incitan fantasías sexuales, lo que, de paso, legitima, como lo hemos dicho, la mercantilización del sexo.

v) Las inconsistencias sociales en términos de la normativa sexual que, entre otras cosas, vuelve deseable aquello que proscribe. Aquí la represión sexual juega un rol central: se trata de una moral burguesa que se traiciona a sí misma con el objeto de preservar la estabilidad de un sistema basado no sólo en la propiedad privada de las cosas sino que también de las personas.

vi) La presencia de un régimen autoritario y dictatorial que modela a la sociedad en base a la premisa según la cual la seguridad se obtiene a través de la opresión, situación que se reproduce microsocialmente en el quehacer de los grupos y de las personas.

5. SOCIALIZACION EN EL COMERCIO SEXUAL Y SUS CONCOMITANTES EN RELACION A LAS CARACTERISTICAS PERSONALES DE QUIENES LO EJERCEN

En principio, la iniciación en el comercio sexual supone el aprendizaje de ciertas habilidades básicas que requiere el mercado, a saber: conciencia en relación al servicio ofrecido, a la demanda que por él existe y a la concertación del precio. Esto es, la capacidad de incorporar en la práctica laboral la lógica de un sistema capitalista.

Este aprendizaje, sin embargo, se da en un contexto muy particular y éste no es otro que el de la comercialización del propio cuerpo como producto. Ello exige de ciertos procesos adaptativos que las más de las veces está previamente sedimentado por el proceso socializador vivido en el contexto de un ambiente familiar de alto deterioro.

La práctica laboral va dando forma a estos procesos adaptativos, seleccionando características personales que se vuelven funcionales a la explotación. Estas características, detectadas a nivel de menores ya iniciadas en el comercio sexual, se pueden describir en los siguientes términos:

i) Utilitarismo en la interacción personal. Ya en la socialización, en medios empobrecidos, encontramos mecanismos funcionales de adaptación a la privación. Estos se refieren a la utilización del otro para la satisfacción de las necesidades personales. A través del comercio sexual esta situación se polariza al punto en el que el otro se vuelve significativo en la medida en que dispone de recursos para entrar en el mercado. La capacidad de manipulación del vínculo comercialmente establecido se expresa en estrategias para lograr la máxima rentabilidad en esta operación.

ii) El utilitarismo se asocia, casi necesariamente, a una actitud de desconfianza hacia el otro. Ello por cuanto el oferente se vuelve significativo para el demandante en la medida en que los servicios que ofrece le sean atractivos y, siguiendo la lógica capitalista que regula el mer-

cado, éste buscará maximizar los beneficios al mínimo costo. El demandante, pues, buscará sacar el máximo partido a la oferente y la desconfianza pasará a ser el medio para precaverse de tal detrimento.

iii) De lo anterior se deduce que la imagen masculina, en el caso de la mujer que ejerce el comercio sexual, sufre un franco deterioro -el que ya se ha inmiscuido en la base formativa a través de padres ausentes, castigadores o violadores-. El hombre aparece como un ser esencialmente oportunista, aprovechador y centrado en la obtención de beneficios sexuales. Ello se retroalimenta positivamente con la primera característica que hemos mencionado, ya que el hombre es posible de ser manipulado a través de sus deseos. Si ampliamos un poco más esta idea y abarcamos con ella la perspectiva de los hombres dedicados al comercio sexual, resultará que la condición humana misma, bajo un régimen capitalista, retiene los rasgos descritos: oportunismo, aprovechamiento, esclava de sus deseos y, esencialmente, manipuladora y manipulable.

iv) Frente al sexo opuesto, por la asociación de la imagen deteriorada del hombre y la concepción de éste como un ser primordialmente utilizador, se mantienen actitudes francamente ambiguas que van desde un coqueteo histérico hasta un abierto rechazo. Ello también resulta congruente con la práctica laboral en tanto uno de estos polos permite generar la atracción y el otro, a su vez, marcar los límites.

v) En relación a la autoridad, la actitud resultante no puede ser menos que provocativa y ello se concreta a través de una procacidad extrema.

vi) La asociación de una imagen desvalorizada del padre y el ejercicio de una actividad sin patrón, conlleva el desarrollo de una actitud francamente opositora ante las figuras de autoridad. Más si se tiene presente que este proceso se refuerza con las vivencias en relación a las autoridades instituidas por el Estado: Carabineros e Investigaciones como órganos represores y explotadores, el gobierno como causante de la miseria, los ricos (o "bacanes") como los dueños del poder, etc.

vii) La actitud opositora favorece la alianza con aquellos sectores que no participan de la sociedad, de sus principios y valores, o con aquellos marginales que son igualmente explotados (los políticos son vistos como parte de la sociedad y de sus normas).

viii) La construcción del mundo afectivo se ve menoscabada siempre por la carencia de afecto. Ello se traduce en la génesis de procesos celopáticos bastante fuertes: cualquier manifestación de auténtico cariño es motivo de una dramática apropiación. Debemos considerar que el ejercicio laboral no hace sino reforzar estos procesos en la misma medida en que tras cada cliente hay varias mujeres y sólo la escogida será gratificada en lo psicológico, el resto de ellas sólo acumulará una mayor frustración.

ix) Este último punto nos lleva a los elementos más cruciales en la configuración de los rasgos personales: el problema de la autoimagen. La imagen personal se construye en relación a la actividad y, a diferencia de lo que puede ocurrir en el ejercicio de otras profesiones, ya no son capacidades o productos los sujetos a evaluación, sino, más bien, la persona misma: el yo es lo que se cuestiona tras cada intento de transacción. Por otra parte, de ese yo que se pone en juego, sólo interesan aquellos aspectos que tengan significación sexual. El yo no es más que un medio para la satisfacción de las necesidades de los otros y esto no significa sino comerciar con buena parte de la identidad personal.

x) Resulta consecuente plantear, pues, una fuerte autodesvalorización que se asocia a intensas demandas emocionales.

Cabría extender el análisis acerca de la caracterización de la mujer involucrada en el comercio sexual. Sin embargo, ello desbordaría los límites de nuestra investigación. Lo que nos interesa poner de relieve es cómo determinadas características -algunas de las cuales se sedimentan en el proceso de socialización- se ven reforzadas por la actividad laboral y deben ser entendidas, no como idiosincráticas sino, más bien, como funcionales a la situación de vida.

6. SOCIEDAD: SILENCIO, LEGITIMACION Y COMPLICIDAD

La sociedad, representada por los aparatos del Estado y los medios de comunicación con la consiguiente deformación de una opinión pública, a través de su silencio se vuelve cómplice de prácticas que exponen a parte de sus miembros a la mutilación de su humanidad.

Podríamos conformarnos con denunciar un estado de cosas en el que el silencio y la complicidad institucional fuesen los principales sostenedores de la situación descrita.

El análisis, empero, debe ser llevado mucho más lejos. Por una parte están las condiciones sociales y económicas que sedimentan las bases para la multiplicación de prácticas del comercio sexual. Pero queremos llegar más lejos. Resulta autoevidente que una población llevada a condiciones miserables de existencia buscará cualquier medio que posibilite su supervivencia.

Sin embargo, hay un hecho fundamental que no podemos omitir: el comercio sexual traduce, en un sector específico de la realidad, los principios básicos que hoy dominan nuestras estructuras económicas. Frente a él no podemos pensar otra cosa que no sea la socialización de valores que se requieren para el funcionamiento del mercado, de cualquier mercado. Tenemos así la infiltración de un buen número de orientaciones que regulan la conducta humana en la esfera de las transacciones comerciales. Insistimos aquí en que la particularidad que ofrece el mercado sexual se refiere exclusivamente al hecho de comerciar con el propio cuerpo y con la propia identidad. Ello no es más que el rostro más dramático de un proceso que en general está presente en la sociedad global. Así, ésta no sólo genera las condiciones necesarias para que aparezca el fenómeno sino que, además, facilita los principios operativos -oficiales, en virtud de su correspondencia con los otros sectores de la actividad social-legitimados y validados por la ideología dominante.

Es por esto que tras nuestro análisis existe más la intención de proyectar nuestros resultados a la globalidad del sistema en que estamos comprometidos, que la de particularizar en relación al tema en estudio.

La imagen que nos queda a través de la investigación del comercio sexual es la de un país de hombres solos, compelidos a sacrificar los fundamentos mismos de su humanidad en aras de establecer relaciones utilitarias que reporten los máximos beneficios, transando así con sus propias identidades.

Hoy por hoy, la vieja frase de los pistoleros de las películas de vaqueros norteamericanos -"Ese es tu problema" ("That is your problem")- va de boca en boca, especialmente en nuestros jóvenes. ¿Qué está pasando? Ese es tu problema, deberíamos decir a la mujer de ocho, diez, quince o treinta años, que noche a noche deambula por las rotondas de Quilín, Grecia, del 14, por el centro, por el Estadio Nacional, por Colón, por Vespuccio, por Apoquindo, por Avenida Portales, buscando clientes para quienes también sus problemas son sus problemas. Hombres y mujeres que aspiran a "estar bien" en un mundo en el que cada cual "se rasca con sus propias uñas".

La ideología dominante se infiltra en cada sector de una sociedad devastada por el hambre, el miedo y la corrupción; va legitimando y promoviendo todo los mecanismos que llevan a la atomización, a la segregación y a la desvalorización de todos aquellos sectores que bien pudieran ser las fuerzas contestatarias.

La imagen de una mujer nocturna, "siempre arregladita, como para ir de boda", comerciando consigo misma, a solas y en el más absoluto desamparo, no es otra cosa que la de todo y cualquier ciudadano chileno, es la imagen de cualquiera de nosotros traficando con el producto de su ser. Es la imagen de quien esto escribe, transando por prestigio con el dolor y la miseria de los otros en este mercado de la investigación científica. Es la imagen que a la fuerza se ha impuesto, como un estigma centenario, a nuestro país.